

JARDIEL PONCELA, Enrique. *Máximas mínimas y otros aforismos*. Ed. Fernando Valls y David Roas. Barcelona: Edhasa, 2000. 266 pp. (ISBN: 84-350-9152-X)

Que yo sepa, la literatura aforística no es un género muy frecuentado en la España moderna, a diferencia de lo que ocurre desde hace tiempo en Alemania, Polonia, Rusia y otros países del occidente europeo. Por eso llama la atención que la editorial Edhasa dedique una colección a "Aforismos" y que el correspondiente a Enrique Jardiel Poncela sea ya el número 24 de la serie. Claro que la veintena anterior no se debe a autores españoles sino más bien a los de esa tradición europea a la que —me parece— somos algo ajenos los españoles. Llama la atención también lo muy discretamente que se hace notar en este volumen su carácter de miembro de una colección aforística; sólo en el lomo del volumen y de su sobrecubierta, pero no en la portada interior.

Hablemos primero de Jardiel y después de sus editores. No es extraño que Jardiel se dejara seducir por la frase brillante y categórica, tanto por maestros como por temperamento. A los primeros no es difícil localizarlos: Óscar Wilde es uno, muy atractivo como productor de anécdotas y desplantes ingeniosos, que al final acabó atrapado en su propia brillantez y —alguien lo dijo— sufrió aquello de que por la boca muere el pez. Jardiel y los nuevos humoristas de los años 20 y 30 admiraron con razón a Ramón Gómez de la Serna, cuyas "greguerías" son el precedente movilizador más cercano y definitivo, aunque hay que apresurarse a afirmar que greguerías y aforismos no son lo mismo. La orientación cómica de Jardiel más su talento brillante y naturalmente ingenioso ayudaron también lo suyo para que cultivara el género aforístico puro y el menos puro que consiste en trufar sus novelas y obras dramáticas de frases y sentencias agudas y apodócticas. En *Usted tiene ojos de mujer fatal*, el criado Oshidori se dedica a tomar nota de todas las frases chisporroteantes de su señor; que es lo que hizo Jardiel consigo mismo en algunos de sus libros, y lo que terminan de hacer los editores en esta que puede considerarse la edición completa de las sentencias de Jardiel. Se criticó en su momento la tendencia de Benavente a sembrar sus obras de frases profundas, bellas e ingeniosas, que también alguien se ocupó de recopilar en libro antológico. En el caso de Benavente, ese ir derramando palabras de sabiduría tenía que ver con el sentido moralizante que se le suponía al arte. Jardiel intentó todo lo contrario: la intrascendencia, la pureza cómica —otra cosa es que lo consiguiera—. Lo cierto es que a pesar de su enorme aportación al teatro cómico, Jardiel no abandona la línea del humor portátil, del chiste, no siempre ligado a una situación dramática. No sucede lo mismo con Mihura, de quien difícilmente podría hacerse una colectánea como la presente.

El tema central de estas máximas es el machismo rampante y la monomanía sexual del ingenioso autor. El amor, el sexo, la relación hombre-mujer, el matrimonio, bajo distintas etiquetas y en diferentes lugares, dejan al lector convencido de la obsesión sexual de Jardiel y de su egocentrismo cuasisádico. Es paradójica esta falta de apertura hacia "lo otro" en alguien que se postulaba como humorista; más que sentido del humor —que requiere la salida de uno mismo, la relativización de lo propio, el no tomarse demasiado en serio, una cierta inseguridad—, quizá poseyó Jardiel una extraordinaria, casi patológica dotación de ingenio, que es cosa distinta. "Cuando estéis ante una me-

sa junto con la mujer que constituya vuestra felicidad, vuestra felicidad se halla debajo de la mesa". "El amor es como las cajas de cerillas, que desde el primer momento sabemos que se nos tiene que acabar y siempre se nos acaba cuando menos lo esperábamos". "Las mujeres próximas a dar a luz cuando están solas gritan menos". "El hombre piensa; la mujer da que pensar". "Una mujer gorda no se diferencia de un hipopótamo sino en que se baña mucho menos". La imagen que queda de Jardiel no es desde luego la de un ser amable y atractivo. La crudeza es mayor en los aforismos contenidos en las *Máximas mínimas* publicadas en Barcelona en 1937, que fue realmente el único libro exclusivamente compuesto por apotegmas que publicó Jardiel —el resto o son sólo parte de un libro o son autoflorilegios o florilegios ajenos sobre obras suyas. Probablemente participan del mismo tono de cinismo decadente y nihilista que exhibe en sus novelas de los años 30, del que no participan las obras de teatro de ese mismo periodo republicano ni, por motivos de censura, sus aforismos posteriores.

El segundo tema en importancia corresponde a su segunda pasión en importancia: su oficio de escritor de teatro y humor. Quizá sea esta su máxima más citada: "Intentar definir el humorismo es como pretender pinchar una mariposa con un palo del telégrafo". Su concepto del teatro se puede resumir en estas cuatro de sus 87 reflexiones teatrales: "La tesis es la polilla del arte del Teatro y su peor enemigo. Antes que una comedia de tesis a lo Ibsen es preferible una comedia de tesis a lo Dumas, hijo". "Las comedias malas que 'dan dinero' no se combaten sino con comedias buenas que también 'den dinero'". "El que subyuga a los públicos halagando en sus comedias sus más bajos instintos y dirigiéndose a los más zafios e ignorantes, es un vil tendero. Pero el que hace huir a los públicos por colocarse de antemano lejos de la comprensión de las masas, es teatral y socialmente un inútil". "Los tontos se resisten siempre a admitir un Teatro que no sea aburrido".

Son recurrentes la misantropía y el nihilismo existencial: "El ideal es el gallo; la ilusión es la gallina, y al final queda la realidad: cáscaras de huevo". "Un buen amigo os dirá siempre la verdad; salvo en el caso de que la verdad sea agradable". "Si queréis lograr la amistad de la mayoría de las gentes habladles mal de los amigos que les hayan favorecido". "Se llama 'amigo-póliza' aquel que se pega continuamente y no vale más de dos pesetas". No faltan sagaces observaciones de índole, digamos, intelectual —que uno tiene la sensación de haber leído u oído en otra parte, pero quizá son "made in Jardiel"—: "La Historia es la mentira encuadernada". "La Historia y la Filosofía se diferencian en que la Historia cuenta cosas que no conoce nadie con palabras que sabe todo el mundo, en tanto que la Filosofía cuenta cosas que sabe todo el mundo con palabras que no conoce nadie". No podían faltar los médicos en la diana de Jardiel: "El Espiritismo se inventó para que los médicos pudieran hablar con su clientela". Y otros temas dispersos y ocasionales, hasta llegar a 1388 máximas, concebidas por quien opinaba que "Los refranes son la vulgaridad condensada". Jardiel divierte mucho y asusta un poco; su notorio desequilibrio interior genera ingenio siempre sorprendente y agresión sentimental insultante.

Pasemos a los editores. Los profesores Fernando Valls y David Roas, de la Universidad Autónoma de Barcelona, ya han trabajado juntos en al menos otra ocasión

sobre Jardiel, la edición de *Cuatro corazones* y *Los ladrones somos gente honrada* para Austral, donde prepararon una sección recopilatoria de sentencias jardielescas sobre teatro, humor, arte y otros temas, que es una especie de germen del volumen que ahora comento. En sus trabajos, Valls ha demostrado conocer espléndidamente la obra de Jardiel y Roas, por su parte, dedicado a la teoría de la literatura, es autor de un libro de microrrelatos, género bastante en boga actualmente y no lejano de la aforística. La introducción, muy orientadora y de justas proporciones, titulada "Jardiel Poncela o 'la risa frente a la verdad'", señala los precedentes de Jardiel en la composición de aforismos, la conexión con las vanguardias y su gusto por los géneros breves e híbridos, lo lúdico, y aportan esta tipología de las máximas jardielescas: discursivas –un pensamiento en forma de sentencia–, asociativas –metáforas greguerizantes que expresan el carácter insólito de lo cotidiano– y verbales –juegos de palabras–. No dejan los editores de marcar límites al talento y a las ideas de Jardiel, en forma de machismo, cosificación sexual de la mujer y tendencia a la simplificación. "A veces se olvida de la literatura y cae en la ocurrencia, alejándose de toda sutileza y aliento poético" (37). Al leer las novelas de Jardiel, tan pesimistas, tan distintas del tono general de su teatro –que también refleja insatisfacción pero pálidamente– se pregunta uno si el autor pensaba así o eran una pose decadente y efectista. Al reparar estas máximas, tiende uno a confirmar como auténticos aquellos sentimientos tan negros de Jardiel.

Con buen criterio, los editores han distribuido la producción aforística de Jardiel en tres partes: 1º, sus *Máximas mínimas* (Barcelona: Luis Miracle, 1937), el único libro de sólo aforismos que Jardiel publicó. 2º, las partes aforísticas de *El libro del convaleciente*. *Inyecciones de alegría para hospitales y sanatorios* (Zaragoza: Hispania, 1939), *Exceso de equipaje* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1943), las estupendas "87 reflexiones teatrales" de *Obras teatrales escogidas* (Madrid: Aguilar, 1948), más las procedentes de *Obra inédita* (Barcelona: AHR, 1967), sobre las que Jardiel no trabajó. 3º, una sección de aforismos rescatados de las obras teatrales y narrativas, o sea, "perlas" que los personajes dejan caer en su discurso, que los editores titulan "aforismos intertextuales" y que suponen un laudable rastreo de la obra de Jardiel, que no es pequeña. Como es natural, estos aforismos intertextuales tienen otro carácter, tienden a menor concisión y veces se echa de menos el contexto en que fueron proferidos. Pero no presentan problemas de perspectiva; es decir, no hay duda de si lo dice el personaje o lo dice Jardiel. Lo dice Jardiel, de eso no hay duda.

Hay, además, un puñado de caricaturas muy saladas de Jardiel que se publicaron en la prensa de los años 20 a 40, con aquella estética geométrica tan corriente entonces.

En suma, un tomo muy agradablemente impreso y encuadernado donde se completa un aspecto de la obra de Jardiel que, si no era del todo desconocido, tampoco había sido puesto a nuestro alcance con tanta oportunidad –100 años de su nacimiento–, competencia y rigor como acaban de hacer Fernando Valls y David Roas.

Víctor García Ruiz
Universidad de Navarra